

## DOS MARINOS HIJOS DE VILAFRANCA



Después del discurso que leí en las fiestas celebradas en Villafranca para honrar la memoria de Urdaneta, y que se publicó en el último número de esta misma Revista, pronuncié estas ó parecidas palabras:

«Señores: se me figura que no quedaría cumplido el deber que me he impuesto, si en ocasión tan solemne como esta, y cuando el pueblo de Villafranca, con ejemplar y consoladora unanimidad de sentimientos, enaltece la memoria del gran Urdaneta, no evocára el nombre y el recuerdo de dos marinos que abrieron sus ojos á la luz en esta misma villa, y vivieron en aquel siglo XVI en que realizamos tantas y tan maravillosas empresas. Es el primero de ellos el modesto y obscurísimo Martín Barrena, que fué uno de los héroes ocultos é ignorados que acompañaron á Fernando de Magallanes en su memorable expedición, y murieron antes de tornar á ver las amadas costas de la patria: y es el segundo Domingo de Zabala, de familia ilustre, varón esforzado, que en aquella alta ocasión en que el bizarro joven de Austria abatió en las ensangrentadas aguas del golfo de Lepanto la soberbia y el poderío del Turco, salvó la vida á D. Luis de Requesens, que poco más tarde había de inmortalizar su nombre en las guerras de los Países Bajos, no sólo por sus prodigiosas dotes militares, sino hasta por la exquisita prudencia política que le distinguía».

Aunque estas palabras no forman, en realidad, parte del discurso que leí en las mencionadas fiestas de Villafranca, he creído que debía reproducirlas en las páginas de la Revista EUSKAL-ERRIA, que son como el archivo de nuestras pasadas grandezas, y están abiertas á la conmemoración de todos los hechos que honran y enaltecen á la tierra bascongada.

En estas páginas, que cada día saboreamos con más deleite los que inquirimos la manera de ser del pueblo euskaro, se han recordado con todo el entusiasmo que sucesos de tal índole inspiran a corazones bascongados, las solemnidades literarias y fiestas populares que se dedicaron a la memoria de Mendiburu, de Astarloa, de Iparraguirre y de Larramendi. Aquí las musas euskaras cantaron, ora en la lengua de Aitor, ora en la de Garcilaso y de Herrera, las grandezas de nuestros heroicos marinos y de nuestros esforzados guerreros. Aquí, antes quizá que en ninguna otra publicación de la tierra euskara, se pregaron los méritos extraordinarios de aquel Fray Francisco de Vitoria, apellidado el Sócrates alabés, que, á pesar de haber sido teólogo singular entre los más ilustres que ha producido la Orden de Santo Domingo, tan fértil en ellos, apenas alcanzó, por amarga ironía de la suerte, popularidad entre sus paisanos, ni estos se cuidaron de recabar para sí la gloria á que les daba derecho el haber nacido en la misma tierra en que vió la luz de la vida un tan egregio maestro de la ciencia de Dios, á quien eminentes tratadistas modernos, nada apasionados por cierto, consideran como verdadero padre de la ciencia del derecho internacional. Aquí se han recordado en ocasión reciente los grandes progresos que la ciencia de las lenguas debe al generoso esfuerzo de uno de los prelados más insignes que salieron de esta nobilísima tierra: Fray Juan de Zumarraga, de quien podemos decir que basta el nombre, porque es de aquellos que inspiran respetuosa y entusiasta admiración y simbolizan una serie no interrumpida de actos estupendos realizados en pró de la idea cristiana y de la verdadera civilización, á cuya propagación contribuyó como pocos en el antiguo imperio de Motezuma. Aquí los hijos ilustres de la histórica villa de Durango fueron enaltecidos por el erudito y brillante escritor bizcaino D. Camilo de Villavaso, cuya muerte lloran las letras euskaras. Aquí deben, por tanto, recordarse, siquiera de pasada, los nombres de Martin Barrena y de Domingo de Zabala, marinos ambos, y ambos casi desconocidos por sus paisanos. Del primero encontré noticia en un curiosísimo documento que ví en la Exposición Histórico-Americana de Madrid. Del segundo, que pertenecía á la esclarecida familia de los señores Condes de Villafuerte, y se halla sepultado en la capilla de Santa Catalina de la iglesia parroquial de Villafranca, hablan casi todos los libros que tratan de cosas de Guipúzcoa, y dicen que fué contador mayor del rey D. Felipe III, pero no mencionan su gloriosa intervención en el com-

bate naval de Lepanto, que consta por un documento de San Pío V, existente hace pocos años en el archivo parroquial de Villafranca, según me ha manifestado un amigo mio, tan discreto y erudito como modesto y despreciador del popular aplauso.

Uno y otro prueban que Villafranca, con ser un pueblo de lo más mediterráneo de Guipúzcoa, nunca dejó de dar lucido contingente á las fuerzas navales de España. Es que las tenebrosas profundidades del mar tuvieron siempre algo de seductor para el alma euskara, sobre la cual ha ejercido el agua aquella extraña y misteriosa fascinación que ejercía sobre el pescador de la deliciosa balada de Goethe. Los incessantes ruidos del Cantábrico han sido para los vigorosos hijos de las costas bascongadas, acostumbrados á dura lucha con la ley implacable de la necesidad, a manera de cantos de sirena que les llamaban á su seno. Por eso fué tan grande el número de marinos denodados y heroicos que salieron de esta tierra encerrada entre las abruptas estribaciones del Pirineo y las procelosas aguas del mar de Cantabria, de ese mar que, siendo niños, surcaron Elcano y Urdaneta y Martínez de Recalde y Machín de Munguía y los Portuondos y los Oquendos y los Echeverris y Guillestegui y Lezo y Gaztañeta y Churruca y Alava y Mazarredo y tantos héroes anónimos que exhalaban el último suspiro en los insondables abismos del Octano, con cuyos furores lucharon toda su vida.

CARMELO DE ECHEGARAY.

